



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

JUEVES 1.º DE AGOSTO DE 1872.

NÚM. 106.



LA LUZ.

Hay una tendencia irresistible en todo hombre de olvidarse de la otra vida, y á no pensar mas que en esta. Cada uno discurre á su manera. ¿No son bastantes para que andemos atareados y preocupados los negocios de esta? dicen algunos. ¿No tengo yo que alejar la miseria de mi casa? ¿No debo á mis hijos un porvenir, tan brillante, como me sea posible? Y despues de todo, ¿quién me dá la seguridad de la otra vida? ¿Sé yo lo que es el alma? ¿Lo sabe nadie? ¿Está demostrado que el alma sea otra cosa distinta de eso que se llama vida, y que no es más que el producto de la materia organizada? Mi materia, inmortal mientras dure el mundo, ¿no pasará á formar nuevas combinaciones, no formará parte de nuevos seres? Despues de muerto, mi materia sigue viviendo asimilándose y formando parte de este y del otro sér, y mi alma sigue viviendo en el mundo por el recuerdo de lo que he hecho, de lo que he pensado, de lo que he trabajado en favor de mi siglo, de mi pueblo y de los seres á los que he dedicado mis desvelos.

Esto dicen los hombres de ciencia, y el vulgo, haciendo coro, aunque en otro sentido, con ellos, añade: «Aquí está el infierno, porque aquí está el sufrimiento; no hay más penas que las que aquí se sufren, y son bastantes, y son excesivas. Yo trabajo de la mañana á la noche; yo no tengo pan para mis hijos; la discordia está en mi casa. Catástrofes, enfermedades, disensiones; esas son mis alegrías. No me hableis de un segundo infierno; guardáosle, porque yo tengo bastante con el primero.

Así discurren unos y otros: los que saben más en alas de la ciencia; los que saben ménos en alas de la ignorancia. ¡No hay otra vida! Esa es la conclusion. Aquí empieza y aquí acaba



LA TORRE DE ABSALON.

todo. Dios nos ha hecho para este mundo. Con que cumplamos aquí nuestros deberes, nos basta. Despues de todo, si hacemos el mal, recogeremos aquí tambien el fruto.

¡Qué ideas tan tristes! ¡Qué teorías tan desconsoladoras!

¿Con que nada tengo que esperar? ¿Con que bueno ó malo, si sé ser hipócrita, las gentes me tendrán consideracion, y me llamarán hombre honrado, y despues nada tendré que temer? ¿Con que á mí me sucederá lo que á cualquier otro animal: se descompondrá mi materia, acabará mi vida, y como él, habré concluido para siempre? ¿Con que en el momento en que mi pensamiento es más enérgico y potente, en que mi corazón late y ama con más fuerza, saldrá de la sombra una mano, parará mi sangre y mi pensamiento, y todo habrá concluido para mí?

Yo no creo esto. Me parece que el hombre vale más que esto. Siendo así, el hombre podría ser un animal más perfecto que los otros por su

estructura, pero seria en todo y por todo semejante á él. ¿Y qué provecho sacaban Dios ó la Naturaleza, como quieran los incrédulos con haber creado un animal más, si diferente en la forma, perfectamente igual á los otros en el fondo?

Las Escrituras nos hablan claramente de la vida futura; lo que decia un enciclopedista en son de burla, podemos nosotros afirmarlo con conviccion completa: «Buena almohada para descansar es la razon, exclamaba, pero mejor es la fé.» Dios mismo nos dice por su palabra, que la vida futura es una realidad innegable; y la razon humana, que es otro destello de Dios, nos manifiesta que es imposible que se corte violentamente el hilo de la vida para no continuarla en otra y bajo otra forma. Creamos, pues, vivamente. Es imposible que el alma humana se resigne nunca

á creer que ha de llegar para ella un día en que perezca y corra la misma suerte que la materia. ¡Oh, no! Contra esto protesta todo: pensamiento, religion, la humanidad entera desde que apareció en el mundo.

¡Creamos en la vida futura! Si no tenemos esperanza para despues, ¿cómo hemos de ser fuertes y enérgicos ahora? Si no hay nada despues, ¿qué me importa todo lo de ahora? Creamos y esperemos en lo de ultratumba. Dios está allí con su eternidad y los justos con su inmortalidad.

¡Desgraciados de nosotros si despues de haber trabajado, sufrido y llorado todo lo que se llora, se sufre y se trabaja en la vida, no tuviésemos un lugar de dicha y de reposo, un templo celeste en el que adorar eternamente á Dios de rodillas y en el que contemplarle perpetuamente faz á faz!

gracia prestara á su semblante de ángel. La saludé con amabilidad, y despues de un momento de lucha interior, durante el cual pedí al Señor que me diera palabras de persuasión para arrancar á aquella pobre alma del pecado, entablé con ella la conversacion siguiente:

—Teresa; su pobre madre me ha hablado de Vd. con harta tristeza y me ha suplicado que venga á hablarla. ¿Qué es de su vida? ¿Cómo vive Vd.?

—Mal.

—¿Y cómo puede Vd. decir mal con tanta tranquilidad?

Teresa no contestó.

—Cuando se tiene corazon y se cae en el pecado, no basta decir tranquilamente «esto vá mal,» es necesario levantarse.

—¿Levantarse, levantarse!—murmuró Teresa con un acento tan desgarrador, que si bien se adivinaba que en aquel momento media toda la profundidad del abismo en que se encontraba, era ya demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde! Teresa; el alma noble que sabe que se arrastra por el suelo con menosprecio de los hombres y con la desaprobacion de Dios, no dice nunca «es demasiado tarde,» sino que se incorpora y prefiere mil veces sucumbir luchando, á rendirse sin condiciones al enemigo de nuestras almas.

—Es cosa fácil caer; pero es muy difícil levantarse.

—Decid que sería imposible de todo punto, si estuviérais sola, para conseguirlo; mas ya sabéis que el buen Pastor busca á las ovejas perdidas, y despues que las encuentra las lleva sobre sus hombros hasta el redil.

—Soy muy débil.

—Es que no se trata de Vd. sola, Teresa. Vd. podrá ser muy débil, y lo es en efecto; pero Jesucristo, ¿lo es acaso? ¿No le ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra para perdonar y levantar á los que en Él confían?

—Si, pero el mundo no creará en mi arrepentimiento.

—¿Y qué importa que el mundo no crea en él si Dios lo vé y sabe que es sincero? Además, Vd. no vá á vivir siempre con el mundo: aun algunos años ó algunos dias más, y Vd. comparecerá delante de Dios, quien la juzgará por toda la eternidad.

—Me llamarán hipócrita.

—Es posible, pero Dios la llamará á Vd. su hija.

—No se fiarán de mí.

—Mucho razonais, Teresa; la fé no mira tanto á su alrededor, la fé marcha recta á su objeto, confiada en esta palabra de Jesús: no temas, sino cree.

—Pues bien, probaré,—dijo por fin la pobre jóven.

Esta respuesta produjo en mi alma la más viva emocion. Todas las dificultades con que necesariamente debía tropezar la infeliz, se presentaron en tropel ante mi vista. ¿Tendría ella bastantes fuerzas para removerlas? ¿Rompería sus criminales relaciones? Los cristianos, ¿creerían en su conversion? ¿Sabrían soportarla con paciencia, aconsejarla, dirigirla, ó se apartarian de ella con desdago? Mas despues de haber pensado en todo esto miré á Cristo, me fijé en su amor, en su fidelidad y en su poder, y en una corta oracion que en alta voz pronuncié, le encomendé la pobre Teresa.

Ella luchó como me lo había prometido y como yo había previsto, mas se burlaban de ella; otros la miraban con prevención; momentos hubo en que la infeliz se encontró sola..... ¿sola? no, Dios estaba con ella.

La parte final de la historia de Teresa fué una historia de abnegacion y de lucha. Mil voces fuera y dentro de ella le gritaban que abandonase el camino de la virtud y que volviese al camino más ancho y más alegre del vicio; pero ella no las escuchó y siguió adelante convencida de su pecado, pero tambien de que Cristo Jesús vino al mundo para salvar á los pecadores, de los cuales ella era la primera.

Dios tuvo piedad de Teresa y la llamó para que recibiera el premio de su fé. Despues de algunas semanas de enfermedad, durante la cual Dios consumió en ella su obra, Teresa murió resignada, arrepentida, destrozada por la lucha, pero feliz sin embargo, al pensar que para siempre iba á descansar en los brazos de su adorado Redentor.

Poco tiempo despues se durmió en el Señor la madre de Teresa, y sobre su rostro podía leerse el gozo que experimentaba su corazon en la esperanza de vivir

eternamente en presencia del Señor con aquella hija querida, sobre cuyo pecado había derramado tantas lágrimas y por cuya conversion había orado con tanto fervor.

Pecadores que leéis estas lineas, una sola cosa deseo para vosotros; que vuestro fin sea semejante al de Teresa.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

II.

El solo decreto de Dios que viene á ser como la determinacion de su Providencia, es lo que constituye su voluntad. En cuanto á sus mandamientos ya es otra cosa. Son una regla de justicia, una manifestacion de lo que Dios quiere y un señalamiento al mismo tiempo impuesto al hombre de lo que debe hacer y de lo que debe evitar. Es muy usual el decir en ocasiones que las determinaciones ó los decretos de la voluntad de Dios no nos son conocidas, y es verdad en muchos casos. Tenemos que esceptuar, sin embargo, aquellas que se han realizado ya ó que están por realizarse; pero que la Palabra de Dios nos afirma con toda seguridad que se realizarán más pronto ó más tarde, tales como la destruccion del mundo, la resurreccion de los muertos, la venida del Ante-Cristo, etc.

Hay dos clases de mal; el mal que se llama de culpa y el mal que se llama de pena. El mal primero proviene del hombre porque este es el que le comete. El segundo proviene de Dios porque Dios castiga al pecador que se ha dejado arrastrar por la culpa. A veces suele suceder que el mal de culpa se convierte en mal de pena, y esto tiene lugar cuando Dios retira sus dones y sus gracias del pecador que no hacia más que abusar de ellas. El hombre culpable entonees salta todas las barreras, satisface sus peores apetitos y vive en medio de los mayores desórdenes. El mal de culpa entonees que Dios hace que se convierta tambien en mal de pena, no proviene de él en cuanto que es mal de culpa ó pecado, porque el pecado no puede provenir de Dios sino que se hace únicamente que sirva como de castigo al pecador contumaz. El pecado, pues, no proviene de Dios.

¿Permite Dios la culpa? Si, porque si no las permitiera bastaría una órden de su voluntad para que el hombre no cayese, más ni hubiere caído nunca en ella. Dios no quiere el mal, pero le permite y le tolera. Si Dios no hubiese permitido el pecado, ni se hubiesen conocido los rigores de su justicia ni las gracias de su misericordia; más que esto, el hombre no hubiera poseído el don inefable del Hijo de Dios, porque no habiendo penetrado el pecado en el mundo, no hubiera sido preciso el angusto sacrificio de Aquel. Esto no quiere decir que Dios tenía necesidad para que se manifestasen su poder y su bondad del pecado del hombre; sino que Dios, habiéndose propuesto hacer perfectamente dichoso al hombre por la permission del pecado, ha abierto el camino para traer al hombre á esta perfeccion, porque si no hubiera sabido el hombre lo que era el mal y el pecado, no hubiera podido llegar al completo conocimiento de lo que es la bondad y la justicia de Dios.

Dios solo es el que puede convertir el mal en bien. Los hombres no deben hacer el mal ni consentirle, con la esperanza de que podrán tornarle en bien. Por otra parte, las acciones de Dios no pueden ni deben ser regla de las nuestras, porque nuestra naturaleza es distinta de la suya y sus atributos no se parecen en nada á nuestras limitadas facultades. Sus mandamientos deben ser la única norma y regla de nuestras acciones. Dios tolera el pecado, pero tiene su mirada siempre fija en el pecador, para que no pueda dañar á los que Él quiere conservar y bendecir, y para que no vaya más allá de lo que su Providencia determina. Dios no pierde nunca su imperio sobre el pecador, aunque este conculque sus leyes y desobedezca sus mandatos.

LA ORACION POR TODOS.

(IMITACION DE VÍCTOR HUGO).

I.

Anda á orar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo;
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra vá á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche; y en el suelo
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se vé temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar
El occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena, aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugáz.
El día es para el mal y sus afanes;
¡Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso, y oracion, y paz.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cáma volarán ensueños;
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh, dulce devocion, que ruega y riel
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Anda á orar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el sér, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una alma celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

¡Ruega despues por mí! Más que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, á nadie envidia
La ví tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean
A tí jamás!... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Ora por mí, hija mía, y á los cielos
Pocas palabras dirigir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza, eres bondad, perdón.»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula emiaente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin: á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo alado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
A la morada del supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita, y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mí, alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía
Como un corazón ante la cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno esprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque les dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obscuro
De nocturna bacanal.
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Dice el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción.
Que no dá sustento al hombre

Ni á la desnudez vestido,
Ni dá la mano al caído,
Ni dá á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo
O la venganza cruel.
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la leve mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor.
Por la razón, que leyendo
En el gran libro, vigila
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan,
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita,
Nada agota su caudal.

ANDRÉS BILLO.

ALGUNAS IDEAS PARA LOS PREDICADORES.

Muchas predicaciones se necesitan, muchas pláticas y mucha oración es precisa para regenerar á nuestro país, para volverle á la sana doctrina del Evangelio y hacerle emprender de nuevo el camino que con tanta gloria empezaron á recorrer nuestros abuelos hasta que fueron detenidos por la mano impía y seca de la Inquisición.

Pero si esto es cierto, no lo es ménos que deben escogerse con cuidado sumo los asuntos que han de servir de fundamento á estas pláticas y á estas predicaciones. El conocimiento del propio pecado, la justificación por la fé y no por las obras, y sobre todo la eficacia absoluta de la sangre preciosa de Cristo (1.ª Pedro, I, 19) deben ser el tema constante de toda clase de pastores y evangelistas. ¿Qué importa que se esté hablando de continuo de renovación del alma, de regeneración, de santidad, si no conocemos el estado de nuestro espíritu, si no le vemos lleno de miseria y de pecado, si no tenemos la convicción de que nuestra naturaleza está corrompida y se inclina con preferencia antes al bien que al mal?

Todas las verdades que contiene el Evangelio son de grande importancia; pero, ¿quién que tenga experiencia cristiana más ó ménos larga, duda ó puede dudar que debemos ir colocando por orden estas verdades é ir las aceptando en esta forma las unas tras las otras?

La sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado. (1.ª Juan, I, 7.) Esta verdad es la más fundamental del Evangelio; es de las primeras que debemos aceptar; es un torrente de luz que cae sobre toda la revelación divina, la ilumina con inefables fulgores y nos la hace comprender más claramente. La propiciación por medio del derramamiento de la sangre de Cristo, es la esencia del cristianismo. «Siendo justificados gratuitamente por su gracia por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fé en su sangre, para manifestación de su justicia, atento á haber pasado por alto en su paciencia los pecados pasados. (Rom. III, 24, 25.) Esta propiciación es el único fundamento de paz con Dios para el pecador. «Tenemos, justificados por la fé, paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual también tenemos entrada por la fé á esta gracia, en la cual estamos fir-

mes y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.» (Rom. V, 1, 2.)

Supongamos un pecador que «sin Dios y sin esperanza en el mundo,» anda inquieto y agitado sin saber á quién volverse y en quién depositar los pecados que llenan su alma. ¿Obraría cuerda y prudentemente aquel que para convertirle empezase á hablarle de la santidad, de la santificación y de los dones del Santo Espíritu? No, en verdad. Con más acierto obraría aquel que le hablara de la persona de Jesucristo, que le hiciera conocer toda la extensión de su propio pecado, más grande de lo que él mismo había creído; que le enseñase que la única puerta de salvación es Jesucristo, que es el único camino, la única verdad y la única vida, y que le hiciese comprender al fin, que si ante todo es precisa la fé en Jesucristo, no es ménos esencial después el arrepentimiento para la vida. Ciertamente es que el Santo Espíritu mueve nuestros corazones cuando á Dios le place; pero debemos evitar el peligro de que el pecador crea que este mismo Espíritu es su Salvador, porque su Salvador es, y únicamente puede serlo Jesucristo.

El arrepentimiento, la regeneración, la conversión, la adopción, son cambios por los que tiene que pasar toda alma que verdaderamente quiere consagrarse á Dios. Un predicador inteligente y lleno del Santo Espíritu, ¿empezaría á exhortar á la nueva congregación puesta bajo sus cuidados, á la conversión y al arrepentimiento, ó la hablaría, sobre todo en los primeros tiempos, de la justificación por la fé, y procuraría colocar en sus conciencias aquella hermosa verdad evangélica de «que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fé de Jesucristo.» (Gál. III 16.) Si hacia lo primero, ni tenía instrucción teológica, ni tenía conciencia completa de su ministerio, ni cumplía como debiera con sus deberes espirituales; si hiciera lo segundo, revelaría que tenía el conocimiento verdadero de su misión, y Dios le ayudaría y traería por su conducto muchas almas á la buena nueva del Evangelio.

La conversión es el acto por el que se siente el pecador malo ante Dios y se propone cambiar de sentimientos, de vida y de pensamientos. La misma palabra lo indica; convertirse significa volverse hácia otro lado; mirar hácia otra parte. Después que el pecador ha pasado por este primer amargo momento en que ha deseado romper las ligaduras que le unen á Satanás y volverse á Dios; siente el dolor de todas las culpas que ha cometido, y viene el arrepentimiento. El arrepentimiento es, pues, la desolación de nuestra alma por el recuerdo del mal en que ha vivido, ó propiamente hablando, es un cambio de espíritu acerca de Dios. La regeneración viene en seguida, y es el tercer paso en la renovación de un alma.

La regeneración es ya la consumación de una nueva naturaleza, la transformación del corazón del hombre, el viejo hombre destruido con sus pecados y sus maldades, y nacido el hombre nuevo con su fé y con sus obras; es en fin, el cambio del pecador en un verdadero Nicodemo arrepentido y dotado de un nuevo espíritu. El hombre regenerado está apto ya para adelantar en la santidad. Avanzando en este camino, Dios le adopta como hijo. La adopción nos dá nueva intimidad con Dios, establece entre Él y nosotros un nuevo vínculo, un nuevo parentesco. La glorificación es un cambio de sitio con respecto á Dios. Todos estos distintos pasos de la conversión son importantísimos y deben ocuparse de ellos los predicadores del Evangelio. Pero ¿no es de una importancia más suprema todavía la doctrina de la justificación por la fé, que al cabo es un cambio de estado ó un nuevo modo de estar delante de Dios? «Luego, dice un docto cristiano, debe presentarse como anterior á todo el que busca la verdad; pues el ser aceptado en el Amado es el fundamento y causa de todo, ó más propiamente hablando, la preciosa semilla de la cual brota, florece y dá fruto todo lo demás, y por consiguiente, la primera y principal obligación de los que tienen que influir sobre almas despiertas, es presentar esto con mucha perfección y claridad.»

Debemos atenarnos á las necesidades prácticas de las almas que marchan afanadas por el camino de la vida, buscando ansiosamente la verdad, y creemos que el mejor medio de ganar las almas por Jesús, es hablarlas sobre todo de la fé en Él y recordarlas incesantemente aquella frase dirigida al carcelero de Filipos:

«Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa.» La cuestión urgente es ver cómo se salvan las almas, y las almas solo se salvan por la fe en el que clavó en la cruz todos nuestros pecados y fué hecho maldición por nosotros. Para conocer á Dios en toda la gloria de su sér, es preciso conocerle por la manifestación que toma esa gloria en la persona de Jesucristo. Conocido al Hijo conocemos al Padre. Nadie conoce al Padre sino por mí, decía Él mismo: «Sacrificio y holocausto y presente y expiaciones por el pecado no pusiste, ni te agradaron, las cuales cosas se ofrecen según la ley. Entonces dijo: Héme aquí para que haga, ¡oh Dios! tu voluntad; quita lo primero, pero establece lo postrero. En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.» Más almas ha ganado para el cielo la doctrina de la justificación por la fe por sí sola, que todas las doctrinas evangélicas juntas.

UN FRAILE EN SU LECHO DE MUERTE.

Dos frailes se encontraban en una estrecha celda que apenas contenía lo estrictamente necesario. Veíase en ella únicamente una tosca mesa, y sobre la mesa una imagen en escultura del Salvador muriendo en la cruz. Al pie de la cruz había una calavera, especie de memorial de la terrible sentencia de muerte que la justicia de Dios pronunció contra el hombre, cuando la comunión entre ambos quedó rota por el pecado. Sobre la ósea frente de ese cráneo inanimado se leía la divina sentencia: «Polvo eres y al polvo serás tornado.» Un grabado de una virgen de Rafael pendía de la pared por encima del Crucifijo; también había sobre la mesa algunos libros de teología é historia eclesiástica. Una cama de madera en forma de caja mortuoria, con un miserable jergón, servía de lecho á un fraile joven que se hallaba próximo á morir de una enfermedad en el pecho.

El moribundo estaba dotado de un espíritu noble é inteligente. Naturalmente amable, sincero y recto, el joven fraile poseía modales muy dulces y una educación superior. Su humildad y sencillez eran las de un niño. Un año hacía que su salud se iba debilitando día tras día, y su última hora se aproximaba. Irreprochable en cuanto á la disciplina del convento, y lleno de celo, el joven observaba todas las ordenanzas eclesiásticas, cumplía con regularidad todos sus deberes religiosos, se ejercitaba en la humildad y se imponía castigos corporales tan severos, que el superior lo presentaba con frecuencia como un modelo que debía imitar el clero joven. Todos tenían confianza en las oraciones del hermano Egidio; así se llamaba, y precedían que con el tiempo sería un eminente propagandista de la fe. Egidio solo contaba 22 años.

Hé aquí lo que otro fraile refiere de los últimos momentos del moribundo:

«En la tarde del 29 de Junio de 1846, el fraile designado por el superior para asistir á los enfermos del convento de C..., de la orden de San Francisco (en Cerdña) llamó á la puerta de mi celda, al mismo tiempo que lleno de agitación me decía: «¡El hermano Egidio se muere! Una hemorragia de los pulmones acelera su fin; pero no pasará por las llamas del purgatorio, no; ¡ha sido tan ferviente discípulo de nuestro santo patrono San Francisco! Pero, apresuraos, mi reverendo padre, que no teneis mas que el tiempo justo para darle la absolución.»

Corrí á la celda de mi hermano moribundo, un tanto asombrado de que me llamara no siendo yo su confesor. Al verme me dirigió una mirada llena de ternura, y me dijo con voz muy débil: «Cerrad la puerta, por favor.» Hice lo que me dijo, y á pesar de todo volvió sus ojos hacia la puerta y me preguntó si estábamos en seguridad. «Sí, hermano mío, le contesté, nada temais, nadie puede escucharnos; solo Dios, que escudriña los corazones, nos escucha.»

«¡Oh! mi querido padre Herrero, mi único amigo en la tierra; no por mí tomo estas precauciones, porque nada temo de los hombres. Solo me quedan algunos momentos de vida y nada pueden hacerme; estoy inquieto por vos únicamente, por vuestra propia seguridad... Habladme de nuevo, prosiguió con acento de

súplica, habladme de nuevo de ese dulce reposo, de esa secreta paz de la conciencia de que me hablabais hace tres días, cuando yo os preguntaba por qué leíais tan asiduamente la Biblia. Yo voy á morir, y nada teneis que temer de mí. Decidme con franqueza, delante de Dios que nos vé y nos oye; ¿somos salvos por vuestras obras ó únicamente por la gracia? Mi vida pasada, mis oraciones, mi celo, las penitencias y maceraciones que me he impuesto, ¿habrán sido quizá una destrucción personal, un crimen, en vez de ser un sacrificio meritorio? Contemplo mis obras, aún las mejores, puestas en la balanza del santuario, y ningún peso tienen; ¡ninguno!!! Mis obras no pueden alcanzarme la salvación. Dios separa de mí su faz. Si la gracia y la misericordia no viene á ocupar el lugar de la terrible justicia, estoy perdido. Ayudadme, padre Herrero, temo la mirada santa de Dios. «*Si iniquitates observaveris, ¡Domine! ¡Domine! ¿quís sustinebit, quís sustinebit?*» (Si mirares á los pecados, ¡Señor, Señor! ¿quién podrá mantenerse?) Salmo cxxx, 3.

«Nadie, mi querido Egidio, nadie, añadí, pero permitidme que continúe el Salmo: *¡Quia apud te propitiatio est!* ¡Comprendéis esto, padre Egidio? (Empero hay perdón cerca de tí). *¡Apud, Dominum, querido Egidio, misericordia et copiosa apud cum redemptio!* (En Jehová hay misericordia y abundante redención con él).»

«Sí, murmuró con débil voz; sí, tengo necesidad de la misericordia de Dios, del perdón de Dios.»

«Entonces, mirando al Crucifijo, dijo: «Esa sangre, la sangre de Jesús, de la que habeis hablado... hablad, Herrero, hablad de ella más todavía.»

No pudo articular otras palabras, porque la penosa inquietud de su espíritu, la angustia de su corazón y la debilidad de su cuerpo, que la muerte helaba, cerraron sus temblorosos labios. Sus ojos permanecieron, sin embargo, fijos en los míos; parecía como que aguardaba alguna palabra de consuelo. Sí, añadí yo, el libro divino anuncia á los pobres pecadores que somos salvos por la gracia, por medio de la fe, la fe en lo que por nosotros ha hecho Jesús sobre la cruz. Acordaos de lo que os dije el otro día: *Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar á los pecadores, de los cuales yo soy el primero.* (1.^a á Timoteo, I, 15). ¡Ah, cómo hemos caído! ¡Cuán insensatos somos confiando en nuestras obras, cuando Dios mismo ha dicho: *Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él.* (Romanos III, 20). Pero escuchad esto: *Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo.* Hé ahí una redención perfecta, una gracia abundante y un perdón eterno. Id, padre Egidio, id al verdadero trono de la gracia, en él está sentado el Hijo del Hombre. Él es el que está á la diestra de la Magstad Divina; Él es el fiel y misericordioso soberano sacrificador de las cosas que pertenecen á Dios, habiendo hecho la reconciliación por nuestros pecados. Prestad atención á esto.

(Se continuará).

LA TORRE DE ABSALON.

El grabado que hoy damos á nuestros lectores representa lo que se llama la torre ó el pilar de Absalon. Dicha torre se encuentra en el fondo del valle de Josafat. En la pendiente de la montaña se hallan centenares de sepulcros modernos, que forman el cementerio de los judíos. Para poseer un palmo de tierra de este valle, cada año se retiran de lejanas comarcas muchísimos israelitas para habitar un momento en el sitio donde vivieron sus padres. Los musulmanes ocupan la parte opuesta, junto al sitio donde ellos creen que su profeta ha de juzgar á los hombres.

Muerto Absalon á la otra parte del Jordán, su cuerpo fué arrojado en un barranco, en medio de un bosque. Pero en vida él se había erigido un monumento. «Y Absalon se había erigido, cuando aun vivía, una columna que está en el valle del Rey, porque había dicho: No tengo hijos, y esto sirve para memoria de mi nombre.»

«Lo que actualmente, dice un viajero, se llama sepulcro ó pilar de Absalon, nada tiene de columna: es un trozo de mármol labrado y rodeado de columnatas,

y coronado por una espiral de ladrillo que termina en cono, única circunstancia que pudo dar al monumento el nombre de pilar ó columna. No se sabe si por respeto al pesar de David, el cadáver de su hijo fué trasladado á este sepulcro; pero nadie duda de que sea el monumento á que se refiere la Sagrada Escritura.»

Josefo marca su distancia de Jerusalem y concuerda con la de esta torre: «Absalon, dice, se había erigido en el valle del Rey una columna de mármol con una inscripción. Distaba de Jerusalem dos estadios, y quiso que se llamase *obra de Absalon.*»

Éstas son las noticias que hemos podido recojer acerca de este monumento del tiempo de los reyes de Israel.

¡TE HE VISTO!

Te he visto al caer la tarde
Puesta en tu estancia de hinojos,
Alzando al cielo los ojos
Y enviándole una oración.
Te he visto por la mañana
Cuando el sol dá en tu ventana,
Elevando á Dios tus preces
Con la más viva emoción.

Te he visto tender la mano
Al desdichado mendigo,
Que no tiene más abrigo
Que el que le depara Dios.
Te he visto abrirle tu puerta,
Y te he oído decirle: «Hermano,
Quiera Dios que nos sea abierta
La del cielo así á los dos.»

He visto cuando llorabas
Y he visto cuando reías,
Que el nombre de Dios tenías
En tus labios de carmin.
Y arrodillarte te he visto,
Y exclamar en ocasiones:
«Tan solo el amor de Cristo
Es lo que no tiene fin.»

Deja que inunden tus ojos
Lágrimas de regocijo,
Porque has llorado, de fijo,
Más que ninguna mujer.
Alegre sonrisa llene
Tus labios, como corales,
Porque si Dios dá los males
También dá Dios el placer.

Imita á Jesús en esto;
Y... ¿por qué no ha de decirse?
Él no temió sonreírse
Cuando hubo necesidad.
Dios aborrece los rostros
Farisáicamente serios;
Que oculta negros misterios
A veces la seriedad.

Al rayo del sol de Oriente
Se abre la rosa en la loma,
Vierte un instante su aroma
Y muere poco despues.
Esa es la vida, cristiana;
Esa es, cristiana, la vida;
Una lágrima vertida
A la sombra de un ciprés.

No importa: también hay horas
De deliciosos solaces,
Y entonces se hacen las paces
Un rato con la aflicción.
Entonces se coge el ramo
De aquella santa alegría,

Y á Dios su aroma se envía
En medio de una oración.

Sé que conoces la vida,
Sé que comprendes la muerte;
Estás deseando perderte
Tras esa atmósfera azul.
Ángel, sube al cielo, que otros
Ángeles con quienes juegues,
Esperando están que llegues
Para recorrer su tul.

A. SANCHEZ DEL REAL.

EFICACIA DE LA PALABRA DE DIOS.

Yo tenía una tía vieja y enferma.

Estaba ciega, sorda, y lo que es peor, era incrédula. Su marido había leído á Voltaire; se burlaba de toda religión, y ella conservaba, como una creencia preciosa, los principios que él, al morir, la había legado. Creía, por lo tanto, la buena mujer, en un Dios creador del mundo y en su Providencia; pero la Biblia no era para ella más que una fábula, los milagros ridículas historias, y Jesucristo un personaje, que sin duda había existido, pero que, en suma, no había sido ni más ni menos que otro hombre cualquiera.

En cuanto al destino futuro de su alma, como ella nada tenía que reprocharse, sino que, por el contrario, todo el mundo había procurado hacerla daño, y como había sufrido mucho durante su vida, creía que Dios la reservaría en cambio un sitio en el cielo á su lado. ¡Excelente mujer! A pesar de toda su propia justicia, tenía un espantoso temor á la muerte. No quería que se hablara de estas cosas en su presencia; y cuando por casualidad pronunciábamos algunas palabras serias sobre este punto, la sonrisa de piedad, ó la palabra de desaprobación que siempre obteníamos, nos cerraban los labios por mucho tiempo. Sin embargo, su creencia en un Dios creador, era motivo para ella de goces inefables. ¡Cuántas veces la he visto contemplar extasiada las obras de la naturaleza! Antes de quedar ciega, solía cruzar las manos, y dirigiéndose con íntima ternura al astro del día, solía decirle: «¡Sol sagrado, qué placer tan profundo siento al contemplarte!»

Una parienta piadosa que habitaba con ella, la leyó un día un trozo de la Palabra de Dios. Después de su salida, mi tía subió á mi cuarto y me dijo con voz en que vibraba la inquietud:

—¿Quieres leerme todas las mañanas un capítulo del Evangelio?

Y héme aquí delante del santo libro, toda preocupada con la incredulidad de mi tía, temiendo sus objeciones, y hojeando mi Biblia, para elegir lo que me pareciese más apropiado al estado de su espíritu.

Al día siguiente volvió á mi cuarto; yo vacilé y busqué todavía.

—¿Por qué no me lees de seguido? me dijo ella; comienza por la primera página.

Avergonzada de haber podido dudar de la eficacia del poder de la Palabra divina, oré en silencio, y lei sin añadir ni una sola palabra de explicación. Con grande sorpresa mía, no hizo observación ninguna; sus labios no tuvieron ni una sola sonrisa de desden, y los milagros del Salvador no parecieron sorprenderla.

Cuando llegamos á la Pasión y á las escenas del Calvario, sus ojos faltos de luz se llenaron de lágrimas, y como ella no veía los míos, me dijo con la voz trémula por la emoción:

—Detente, esa lectura debe hacerte daño.

Leímos los Hechos de los Apóstoles, y después las Epístolas de San Pablo. ¿Esto la interesa? Lo comprende acaso? me decía yo con el corazón turbado aun por su incredulidad; pero ella me interrumpió exclamando con admiración:

—¡Oh cómo amo á San Pablo! Es mi hermano. Se vé claramente que un mismo espíritu es el que ha escrito la Biblia entera.

Bien pronto observé las nuevas convicciones que llenaban su corazón. «En otro tiempo, me decía, creía en Dios; pero ahora poseo á Jesucristo.» Y se detenía sobre

esta última palabra, como para manifestarme que poseía un verdadero tesoro. «Conozco claramente que tengo necesidad de ser perdonada, añadía, porque he pecado mucho.»

De esta suerte la preparaba el Señor para el día de su muerte, más próxima cada vez. En el momento en que se vió gravemente enferma, me dijo:

—Querida sobrina, quiero aprovecharme de nuestras lecturas todo el tiempo que me sea posible. Después, cuando ya no me sea dable.... Y su gesto expresó una completa sumisión. En los días que siguieron á este, ella nos hizo con la mayor serenidad todos sus últimos encargos, y la oímos repetir paseándose, que todavía podía, á lo largo de la galería, estas palabras: «Señor Jesús, perdóname todos mis pecados. ¡Querida tía! Veía al fin en el horizonte una gloriosa esperanza. La lectura del Evangelio sin una sola palabra de comentario, había bastado para realizar esta maravillosa transformación. Lo había comprendido todo, y todo lo había aceptado. Sus pecados, la eterna condenación que nos espera, la salvación por el sacrificio de Cristo, la alegría del perdón, la seguridad de una bienaventuranza eterna, todas las verdades que la Biblia nos enseña, habían penetrado en su corazón, y producían excelentes frutos de paciencia y de paz.

Una tarde me dijo: «Estoy muy débil, no me lees más que un solo pasaje.» Yo repetí lentamente aquel que dice: «La sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado» (1.^a Juan, 1). Después de un momento de silencio, yo añadí: «Cristo ha clavado nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, porque Dios puso sobre Él la iniquidad de todos nosotros.» Ella repitió estas hermosas palabras, con un profundo sentimiento de reconocimiento y adoración.

Algunos días antes de morir, tuvo una especie de éxtasis: «¡Qué dichosa soy! decía. No sé lo que siento; tengo una alegría verdaderamente celeste.» La expresión de su semblante tenía algo, en efecto, del cielo; la muerte que tanto había temido, habíase trocado para ella en un gloriosísimo triunfo.

La agonía empezó; una larga agonía de tres días, durante la cual no se oyó salir de sus labios más que el nombre bendito de Jesús. Y ahora que ella le contempla y le adora en el cielo, su recuerdo es para mí como un precioso testimonio de la eficacia de la Palabra de Dios. Abramos este santo libro, y tengamos como ella la seguridad perfecta de que la sangre de Cristo purifica de todo pecado, y una segura esperanza de poseer un día la vida eterna.

DE LAS OBLIGACIONES MORALES Y RELIGIOSAS. (1)

Con el fin de contribuir á que desaparezca la confusión de ideas que reinan en general en el ánimo de la gente, aun en el de muchas personas instruidas, acerca del asunto objeto de este encabezamiento, insertamos á continuación las siguientes líneas, tomadas de la excelente obra de J. Dymond sobre los principios de moral y los derechos y obligaciones del género humano, capítulo en que trata de la identidad de unas y otras obligaciones.

Dice así:

«Esta identidad es un hecho que no tenemos bastante en consideración en nuestros sentimientos habituales, ó en la práctica. Hay muchas personas que hablan de deberes religiosos, como si hubiera algo sagrado ó imperativo en la obligación que imponen, que no perteneciese á los morales; muchos, que tal vez harían el sacrificio de su vida antes que profesar la creencia de un dogma religioso falso, apenas sacrificarían una hora de comodidad por no violar la ley moral del amor. Es, pues, importante recordar que la autoridad que impone las obligaciones morales, es idéntica á la que impone las religiosas, á saber: la voluntad de Dios. Es un hecho evidente que, tanto se falta á la fidelidad de Dios con un descuido de sus leyes morales, como de los preceptos religiosos. Religión y moral son expresiones abstractas, empleadas para indicar diferentes clases de deberes impuestos por Dios á la humanidad; pero todos están dictados por Él y han sido hechos obligatorios por la misma autoridad. No quiere esto decir que la

(1) Del Obrero.

violación de una parte de la voluntad divina suponga siempre igual culpa, sino que, tanto con la inobservancia de las unas como con la de las otras, se falta al respeto á la divina Autoridad. De consiguiente, sea que deba observarse la fidelidad en un punto de doctrina, ó en la práctica, en teología ó en moral, la obligación es idéntica. El quererle Dios es lo que constituye esta obligación, y no la naturaleza del deber, cuya observancia se exige.»

LAS BRUJAS DE ZUGARRAMURDI.

(Continuación.)

Recibía el demonio el ofertorio sentado en una silla negra. La bruja principal, llamada la reina de las brujas, se sentaba á su lado derecho, teniendo consigo un porta-paz en el que estaba pintada la imagen de Satanás. El brujo principal, llamado el rey de los brujos, se sentaba á su lado izquierdo, teniendo en la mano una bacinilla. Los otros brujos, por orden gerárquico, se iban colocando en torno; los hombres ofrecían todo el dinero que podían ó que tenían, y las mujeres tortas de pan. Después iban besando uno por uno el porta-paz, adoraban al demonio, y le besaban en donde quedaba dicho en otro lugar.

Inmediatamente decían su misa. Verificaban la consagración del pan con las palabras que emplean los sacerdotes romanos, y después hacían la consagración del cáliz.

El pan que consagraban, parecía una cosa semejante á una suela dura, negruzca y correosa. El licor del cáliz era también asqueroso y repugnante por demás. Una vez concluida la misa, tenía lugar la comunión; se tomaba primero aquella especie de suela de zapato de que acabamos de hablar, que era muy difícil de mascar y de tragar, y en seguida el asqueroso líquido del cáliz, amargo y repugnante, y que á más tenía la singular propiedad de helar el corazón de los que lo bebían. Los brujos tenían en mucho, en todas sus fiestas y reuniones, las preferencias y el orden gerárquico; así es, que cuando tomaban el pan y el vino, el rey de los brujos iba llamando por orden de antigüedad á cada uno de los hombres afiliados á la secta, y lo propio hacía con las mujeres la reina de las brujas. Acabada la ceremonia, eran despedidos los brujos, ordenándoles que hiciesen todo el daño y mal posible, no solo á las personas virtuosas y cristianas, sino hasta á aquellos sus mismos cofrades en la brujería que les hubiesen ofendido. Era también deber suyo destruir toda clase de frutos, y al efecto tenían el privilegio de convertirse en la clase de animales que mejor les conviniera, como lobos, zorras, gatos, aves de rapina. Con el mismo objeto, podían usar de los polvos y licores ponzoñosos.

Debióse el conocimiento de la existencia de los brujos, á una casualidad singular. Una muchacha de uno de los pueblos de la frontera de Francia, se había criado en Zugarramurdi, y había asistido á los aquelarres de los brujos llevada por una mujer; pero sin que llegara el caso de ser novicia.

Habiendo marchado á Francia, escitóla á que penetrase en el gremio, una bruja de aquellos contornos. Llegado el caso de la abjuración, la muchacha la hizo por completo, reservándose, sin embargo, renegar de la Virgen, lo que no quiso hacer de ningún modo, lo que prueba que ella, como todos los católicos romanos de entonces, y de ahora, creían más en la Virgen que en Jesucristo. Pasó año y medio, y hé aquí que la pobre muchacha enfermó. Entonces fué cuando se arrepintió de todas las extravagancias del brujismo, y se lo confesó al obispo de Bayona, que la absolvió.

Sana ya, pasó á Zugarramurdi; y como por casualidad se encontrase con una mujer llamada María de Jurregui, que había asistido con ella á los aquelarres, dijo en alta voz que era bruja. Súpolo su marido, la reconvino, y ella negó; pero dió tantos pormenores la muchacha, que la María convieta se arrepintió de todo, y fué á contar á Logroño cuanto sabía de la secta de los brujos.

En el proceso que con este motivo se formó, se leen cosas curiosísimas. Declaró ser bruja desde su infancia, por haberla llevado desde tan tierna edad á las asambleas, sus dos tías maternas, María Chipia y Juana Chipia.

Las dos fueron presas, y una vez que abjuraron, fueron reconciliadas. Añadió, que mientras perteneció á aquella secta, jamás vió claramente la hóstia consagrada, ocultándose una especie de nube, cosa que aseguraban las demás brujas que también les sucedía; pero que cuando se confesó con el cura de Zugarramurdi, ya la veía. Dijo también, que había hecho mucho daño á distintas personas, á quienes, por consejo del cura, las pidió perdon. Que sabida su conversión por el demonio, por medio de los individuos de la secta, hizo grandes esfuerzos para volverla al antiguo camino, y hacerla que asistiese otra vez á las asambleas, todo lo cual no lo podía evitar sino por medio de la cruz de un rosario que se puso al cuello, invocando los nombres de Jesús y María, con lo que huían los brujos por el pronto, aunque de nuevo tornasen á molestarla; y que por fin, el demonio desapareció dándose terribles golpes en el pecho con la mano izquierda, y no pudiendo conseguir que entrase otra vez bajo su dependencia, se vengó de ella haciendo que sus antiguos compañeros los brujos arrancasen todos los frutos de su huerto, destrozasen todos los manzanos é hiciesen daños de consideración en un molino que pertenecía á su suegro.

Miguel de Goiburru, rey de los brujos de Zugarramurdi, confesó todas las generalidades que hemos expuesto acerca de la secta y algunas particularidades tan originales como grotescas. Contó que habiendo asistido su congregación á la sesión de otros brujos de un pueblo de la frontera de Francia, habiéndose reunido más de quinientas personas, una de las brujas de Zugarramurdi, Estefanía de Tellechea tuvo la imprudencia de exclamar: «¡Jesús, cuánta gen te!» y que en el momento todos desaparecieron, sin que fuera posible celebrar aquel día la sesión. Refirió también, que habiendo María Escain persuadido á un marinero á ser brujo, al presentarse éste en la primera reunión y al ver al demonio tan horrible y repugnante, no pudo menos de exclamar: «¡Jesús, qué feo!» y que en el instante, ante este nombre, todos huyeron. Que habiendo visto Satanás adelantarse seis navíos, mandó á los suyos disponerse para preparar una tormenta.

El declarante y otros muchos brujos penetraron en el mar y nadaron en dirección á los buques como unas dos leguas. Todo esto tenía lugar en las aguas de San Juan de Luz. El demonio dió un gran salto hacia los barcos; echóles su bendición con la mano izquierda, pronunció tres veces la palabra *aire*, y en seguida se levantó una tempestad tan terrible, que amenazaba estrellar á los buques en la costa. No había medio de salvación. Todos los esfuerzos de los marineros eran inútiles para afrontar el peligro. Pero en buena hora ocurriósele á uno de los tripulantes pronunciar el nombre de Jesús y levantar una cruz en alto. A su vista huyó el demonio despavorido, y el declarante y los otros brujos que estaban en los mares, no teniendo ya fuerzas sobrenaturales para seguir promoviendo la tempestad, tuvieron que salirse de las aguas y retirarse á sus casas.

(Se concluirá.)

PLEGARIA.

TRADUCCION DEL INGLES POR LA SRA. HEMAUS.

Niño, que entre flores juegas,
Cuando el bello sol declina;
Tierna madre que en silencio
Con afán de todo cuidas;
Y tú padre laborioso,
Que al descanso te retiras,
Orad antes que la angustia
Emponzoñe vuestras vidas;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas.

Peregrino en tierra estraña,
Lejos ¡ay! de tu familia,
Tú que oír la voz creyeras
De ser amado sin vida;
Prisionero cuya estancia
Claro sol nunca ilumina;

Navegante que combates
De un airado mar las iras;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas.

Vencedor en lid cruenta
Que á la paz tornas amiga;
Tú, mujer que entre los muertos
Gimes de aflicción movida;
Tú, mortal desventurado;
Tú á quien colman las delicias,
Pues a Dios el orbe entero
Su esplendor á par envía;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas.

JOAQUIN M. DEL CASTILLO Y LANZAS.

NOTICIAS VARIAS.

El día 48 del corriente salió nuestro amigo el señor Carrasco de esta corte, con dirección á Valencia y Alicante. Tenemos entendido que se detendrá algunos días en esta última ciudad, con el objeto de dirigir algunas predicaciones á un puñado de cristianos que se han reunido y han constituido una iglesia evangélica independiente. Deseamos vivamente que estas predicaciones traigan nuevas almas al Evangelio, y que el número de miembros de aquella iglesia crezca; y sobre todo, que se aumente la fe de aquellos que ya forman parte de ella. No podemos menos de felicitar también de todo corazón á aquellos cristianos que, los primeros en España, si no nos engañamos, han fundado una iglesia independiente y la sostienen con sus propios recursos. Reciban nuestros plácemes y prosigan adelante en esta obra de fe y de piedad, que Dios, que cuida de las aveciillas del campo, no abandonará ni á ellos ni á su iglesia, si llegan para ella tiempos de adversidad y de pobreza.

Hemos visto con pesar uno de estos últimos domingos, que todavía el ministro de la Guerra, ó quien sea, hace ir en masa, por batallones y por escuadrones, á los soldados á misa. Los de infantería van armados con sus fusiles, ni más ni menos que si fueran á una revista ó á entrar en campaña.

De desear sería que asistieran desde hoy en adelante al santo sacrificio, los de caballería con sus caballos y los de artillería con sus cañones. Esto, sobre ser más vistoso, no podría menos de ejercer benéfico y saludable influjo sobre sus almas. Felicitamos al ministro del ramo por esta deducción que saca de la libertad de cultos, y nos felicitamos nosotros mismos por esta adición que le proponemos.

Tenemos entendido que el Sr. Ruet ha salido para los baños. Nos alegraremos que vuelva completamente restablecido de sus dolencias, para que pueda emprender con nuevo ardor sus trabajos evangélicos.

Tenemos las mejores noticias de la obra que en Cartagena dirige el pastor Sr. Orejon. Parece que últimamente un pastor americano, á su paso por aquella ciudad, predicó en aquella iglesia un sermón al que asistió bastante concurrencia y dejó á nuestro amigo un donativo para ella. Los alumnos de las escuelas de ambos sexos crecen y todo hace creer que no serán perdidos los esfuerzos de nuestros hermanos que costean aquella iglesia. Siendo ya insuficiente el local para la escuela de niños á causa del aumento de estos, ha sido preciso darla más ensanche. Pronto tendremos el gusto de escuchar de los propios labios del Sr. Orejon tan lisonjeras nuevas, que esperamos que él no solo confirmará sino que ampliará más y más. Entretanto bendigamos á Jesucristo que permite que en todas partes su Evangelio sea escuchado y su nombre glorificado.

El Gobierno prusiano ha puesto en vigor la ley que priva al clero católico y al protestante del derecho de inspección sobre los establecimientos de enseñanza. Muchos sacerdotes han sido ya relevados de sus respectivos cargos escolares, y reemplazados por maestros laicos: otros se han negado á continuar en sus puestos. Es sabido que los cargos de inspectores están retribuidos, y que se ha señalado en el presupuesto una cantidad importante para atender ellos.

En cuanto á la ley sobre los jesuitas y las congregaciones doctrinales, el Gobierno se ve obligado á proceder con cierta cautela.

Dicha ley se está aplicando en Alsacia y Lorena, pero tropieza allí con graves dificultades, sobre todo en las escuelas de niños que están á cargo de religiosos. Antes de suprimir aquellos establecimientos, será preciso formar una corporación de maestros de escuela, y por esta razón el Gobierno imperial parece resuelto á no precipitar sus determinaciones, y á suprimir gradualmente las escuelas que hoy existen.

No discutiremos ahora la conveniencia é inconveniencia de la participación del clero en la enseñanza laica; solo sí haremos constar, que en Prusia como en todas partes, la tendencia á la separación completa de la Iglesia y del Estado progresa más y más cada día. ¿Qué hacemos nosotros en este sentido? ¿Qué piensa nuestro liberal Gobierno sobre este punto? A los Gobiernos todos se les juzga no por sus promesas, sino por sus hechos. ¿Deberá algo á los poderes actuales la idea de la separación, en todos los terrenos, de la Iglesia y del Estado? Allá veremos.

Parece ser que ha estado á punto de haber un conflicto entre la Santa Sede y la Francia, *su hija predilecta*. El Papa, en una reciente alocución, pretendiendo demostrar que la Iglesia no puede esperar nada de los Gobiernos europeos, dijo:

«Si vamos á llamar á la puerta de los Gobiernos de Europa, sus obras son lo contrario de aquellas de que hablaba Jesús á los discípulos de San Juan. Esas obras todas las tenemos á la vista: las obras de un llamado (cosidetto) Gobierno en Italia, de un llamado Gobierno en Madrid, de un llamado Gobierno en París. Mirad, observad esas obras y decid despues lo que podemos esperar de esa gente.»

Ante estas palabras el encargado de Negocios de Francia, baron de Michels, en ausencia del ministro Sr. Rougoing, se apresuró á pedir al cardenal Antonelli la explicación de ellas.

El cardenal, «visiblemente contrariado, dice la *Agencia Havas*, por este incidente, se apresuró á protestar que la intención del Papa no había sido en ninguna manera hostil, añadiendo que el Padre Santo no recuerda á punto fijo las palabras que pronunció y que no *deben ser tomadas al pie de la letra las improvisaciones familiares de un anciano tan impresionable* como Su Santidad, tanto más, cuanto que no aparecen exactamente reproducidas desde que la Santa Sede no tiene en la prensa un órgano oficial.»

¿Qué hemos de decir nosotros de un Santo Padre que se expresa tan ligera mente, y de un cardenal que trata con tan pocos miramientos y respetos la infalibilidad de su Señor y Pontífice? ¿Pobre infalibilidad la *de ese anciano impresionable* que dice todo lo que se le viene á la boca sin reparar en si sus palabras podrán ó no promover conflictos! ¿Ó será acaso que Dios le haya dictado también esas frases injuriosas para Francia, Italia y España? Nosotros, pobres mortales, no estamos al alcance de esas sublimidades infalibles.

La Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña, ha desechado una proposición por la que se pedía la abolición de la pena de muerte. Lo sentimos por Inglaterra.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.